

Ochenta y seis

Al despertar, los azulejos de flores habían sido reemplazados por una pared blanca, y mi delantal de los domingos por una bata azulada. Parpadeé tratando de tener una imagen más nítida de mi entorno, y giré la cabeza para distinguir si era producto de mi imaginación, si seguía entre el sueño y la realidad, o era cierto: ya no estaba en mi cocina. Los tubos conectados a mi nariz impidieron llevar a cabo mi cometido, y de pronto, mis ojos se clavaron en los de una joven vestida de un azul muy parecido al de mi bata. Al darme cuenta de que se trataba de la realidad, y de que la ropa de aquella joven de sonrisa perfecta era una túnica de enfermera, deseé volver a mi cocina para a oler el cocido y oír las quejas de mi marido desde el salón.

— ¿Cómo se encuentra?

Quise responder, por educación (la respuesta era evidente), pero lo cierto es que no encontré fuerzas para hacerlo. Traté por segunda vez de enfocar la vista, pero mis párpados luchaban contra mis intenciones, queriendo cerrarse, muy posiblemente, para no querer volver abrirse. Sentí como al igual que mis ojos se rendían, también lo estaba haciendo el resto de mi cuerpo. Sentí, en ese momento, que faltaba poco para que mis órganos dejasen de llevar a cabo sus funciones. Sentí que me quedaba poco tiempo de vida. Sentí que me estaba muriendo.

Nadie quiere morir, yo tampoco. Pero a mis ochenta y seis años, tarde o temprano, tenía que llegarme la hora. Habría sido insensato agotar lo poco que me quedaba de fuerza para enfrentarme a lo inevitable. La guerra contra la muerte es una guerra de la que no podría haber salido vencedora dado mi estado. Decidí entonces darle a Dios la elección de si era o no el momento de abandonar esta vida.

De un momento a otro, la enfermera desapareció, junto con la pared blanca, los tubos y mi bata. Todo se había apagado a mí alrededor. Sin embargo, mi mente seguía despierta en la oscuridad. Deduje que tal y como sospechaba, mis párpados habían acabado por rendirse, dejándome sola con las memorias de mi vida. Una vez alguien me contó en tus últimos respiros “te pasa la vida ante los ojos”. Pude dar fe de ello. Vinieron a mi mente momentos de mi vida. No simples momentos, ni todos; tan solo los positivos, porque aquellos eran los memorables en mis últimos minutos.

Me hallé reviviendo la escena de un nacimiento imposible de recordar. Los ojos emocionados de mi madre acompañaban la sonrisa más sincera que jamás llegué a ver. La mano de mi padre acariciando su hombro hacía notorio su amor y consenso en la decisión de nombrarme María. La siguieron muchas otras, fugaces, pero no menos felices: los primeros días de colegio, la maestra Isabel, los buenos resultados en gramática, los días de lluvia y migas...mi muñeca. Una muñeca de cartón, regalo de mi tío, quien trabajaba en el bazar murciano, de pelo rubio y rizado, vestida de blanco cuya imagen me pareció tan real como angelical. Creí poder alcanzarla con las puntas de los dedos, pero me recordé que, por desgracia, se trataba de una mera ilusión.

Volvieron los paseos en la bicicleta de mi padre y las charlas con las vecinas junto al pozo, la fragancia del azahar embriagando mis sentidos. Rememoré haber caído en una acequia por culpa del descuido y ser rescatada por un desconocido, la ropa empapada me hizo enfermar durante todo un invierno; comer los cordiales de mi abuela a escondidas y jugar a la rayuela en medio de una calle, siempre desierta. Tener coche era un lujo.

El hambre también estaba en mi memoria. El hambre, necesidad que poco parece tener de positiva, pero que me hizo disfrutar de cualquier plato como si fuese el más exquisito de los manjares. Incluso el simple tomate partido sobre la mesita del patio en verano me

sabía a gloria. Además, “por culpa de” o “gracias a” esa hambre, protagonicé el episodio que pudo ser el más tenso y a su vez más divertido de mi infancia. Recordé una tarde de primavera bajo un naranjo con mi hermano, pocos meses después de haber estallado la guerra. Mi estómago, harto del dulce zumo de las naranjas que había ingerido, exigía cualquier otro alimento sólido, y a poder ser, salado. Supe por el cielo y el bochornoso calor que se avecinaban las lluvias de abril. Me disponía a volver a casa para repararme del agua, que de un momento a otro caería, cuando nuestro vecino José Gil se precipitó junto a nosotros, a la sombra del árbol, con una propuesta que no pudimos rechazar.

A José Gil, un niño pelirrojo y desgarbado, se le conocía por travieso. Hacía todo tipo de fechorías y solía inducir a mi hermano para llevarlas a cabo. Un castigo siempre es mejor acompañado. Llevaba varios días sin comer otra cosa que la poca fruta y verdura de temporada que cosechábamos. Su madre le había encomendado ir al molino a por harina con el poco dinero que había logrado reunir, y nos pidió acompañarle con la promesa de darnos una porción de pan o de cualquier plato que su madre estuviese pensando cocinar con el ingrediente. En un principio me negué (el camino era largo) pero mi hermano estaba a mi cargo y con su asentimiento no me dio elección.

Con cada paso, una fracción de cielo azul se cubría por nubes grises. No había nadie en la calle. Imaginé que se reparaban en casa de la lluvia que por seguro estaba llegando. Pateando las piedras en el camino, entonces sin asfaltar, el recorrido se hizo más ameno de lo que pensé en un principio. En un chasquido nos encontrábamos dentro del molino acechando cada movimiento del molinero. No entendí por qué estábamos escondidos. Sumida en mis pensamientos, me había perdido la conversación que habían mantenido durante el trayecto. “Uno...dos...tres... ¡ya!”, el escopetazo de salida en un susurro me dio una pista de lo que estaba sucediendo. Tragué saliva. Mi sospecha tenía sentido,

pues ese algo de dinero reunido por la madre de José no daba para más que una modesta cazuela de migas. Pareció haber pasado apenas una fracción de segundo cuando ya estaba siendo arrastrada por mi hermano en la misma dirección por la que habíamos venido. El molinero gritaba a nuestros talones y sentía el fuerte agarre en mi brazo mientras corríamos. Estábamos huyendo porque habíamos robado. Al percatarme, saqué el máximo partido a mis piernas y eché a correr más rápido que nunca. Me sentía en parte culpable (aunque realmente no tenía por qué, la idea no fue mía) pero la adrenalina opacaba los remordimientos. Reí y corrí hasta que el escozor de mis músculos resultó insoportable, y dio la casualidad de que fue una vez llegado al portal de mi vecino. Esa noche cenamos migas con el sonido de las gotas de agua contra el tejado como música ambiental.

Debía de rondar los doce o trece años cuando recibí el graduado escolar que dio a fin a mi paso por la escuela. La mañana de mi primer día de trabajo, los dedos trezaban mi pelo negro frente al espejo que reflejaba mi ceño fruncido. La idea de iniciarme en la costura no era de mi agrado, no porque no la apreciase, sino porque me habría gustado seguir estudiando, jugando, aprendiendo, conociendo...

A pesar de mi rechazo inicial, pronto le cogí el gusto al oficio. Cada mañana caminaba manteniendo conversaciones animadas con mi hermana Marta (amiga, confidente, compañera de una vida) hasta llegar a la pequeña sala donde cosíamos junto a otras doce jóvenes, todas del mismo pueblo. Muchos chismes se dieron a conocer en las interminables horas de trabajo. Mi maestra, Mercedes Cánovas, fingía no escucharnos y nos mandaba callar cuando carcajeábamos a todo pulmón. Tenía un carácter fuerte y sereno, pero resultaba inevitablemente entrañable.

En esos años pareció reinar la rutina, entre el hilo, la aguja y servir a mi abuela, quien repetía día y si también “lo que habría dado por ser ella la nieta” (la frase un vago

recuerdo). Me trasladé de nuevo frente a un espejo, esta vez más madura, más mujer y acariciando un largo abrigo estampado de cuadros blancos y grises. Un regalo de cumpleaños que utilicé durante muchos años, y que aún conservaba en el fondo de mi armario. El tacto de la tela bajo mis yemas era una vez más una sensación abstracta, parte del recuerdo, como lo era el tintineo de las monedas de plata de mi madre que, en una pulsera, adornaban mi pulso.

Pronto sentí una piel tan arrugada como la mía cogiéndome la mano. Fue una sensación que poco tenía que ver con la del tacto del abrigo, el ruido de las monedas o de la lluvia, la ropa empapada contra mi cuerpo ni el olor a naranja, trigo o migas. La mano no era producto de mi mente, era real. La mano era de Ángel.

Ángel Azorín vivía en mi zona, a algunas calles de distancia. Su padre trabajaba en Renfe (lo que no era un mal puesto) y era huérfano de madre desde hacía un par de años. Todos sabíamos la historia. La mujer había muerto en su último parto, dejando a siete hijos, de los que Ángel era el segundo después de una chica, la cual se había visto obligada a adoptar el rol prematuro de madre debido a las circunstancias. Al principio solo coincidíamos en el autobús, en las fiestas del pueblo y raramente por la calle. Pronto los ocasionales encuentros se hicieron frecuentes. Empecé a notarlo a lo lejos mientras lavaba la ropa con mis vecinas en el lebrillo, en las colas de recogida de alimentos y haciendo visitas inesperadas a su hermana Ana quien, casualmente, se había unido recientemente al grupo de costureras. Lo normal habría sido que aquel seguimiento me pareciese extraño, incluso turbador; no obstante, solo me suscitaba misterio e interés.

Después de meses de miradas cruzadas, se celebraron las fiestas de septiembre de cada año. Bordé una cinta negra de flores rojas y doradas (de la que me sentí particularmente orgullosa) para la carrera de cintas del primer domingo a la que me había inscrito. Junto

a las del resto de mujeres participantes, fue enrollada en forma de espiral con una anilla en su extremo y colgada de una cuerda atada a las rejas de dos casas paralelas de la calle Mayor. Los chicos, sin perder el equilibrio en sus bicicletas, tenían que lograr pasar un palito por la anilla de su cinta preferida y tirar de ella hasta que quedase completamente desenrollada. Había entre quince y veinte competidores, todos preparados en la línea de salida revisando las ruedas de sus bicicletas. Reconocí a Juan, hijo del conserje del colegio, Mariano, sobrino de un compañero de mi padre en la mili y como no, mi vecino José, quien no desaprovechaba oportunidad cuando se trataba de ganar dinero. Mi estudio de los muchachos se vio repentinamente interrumpido al divisar los ojos azules y mandíbula marcada que tantas otras veces había observado. Cuando nuestras miradas se encontraron nuevamente, recé porque mi cinta fuese su objetivo y no porque le pareciese la más bonita. Ángel no solo consiguió desenrollar mi cinta. Esa misma noche, la usó como pretexto para sacarme a bailar en la plaza.

—La verdad es que sabía cuál era la tuya —me dijo con una sonrisa que me dejó sin aliento, su mano apoyada en mi espalda. Le devolví una sonrisa más amplia, si es que era posible. Mis plegarias habían dado su fruto, pero nunca quiso decirme como lo había sabido y ya nunca me lo diría.

Se inició un cortejo que se prolongó hasta el 4 de mayo de 1954. Don Ignacio nos casó en la pequeña iglesia del pueblo acompañados tan solo de los familiares más cercanos. Muchos detalles se me escaparon por culpa de los excesivos nervios, pero era inolvidable el ir cogida del brazo de mi padre, el coro de catequistas cantando al compás de mis pasos y Ángel trajeado esperándome en el altar, tan sonriente como siempre (esta vez la sonrisa era nerviosa). Mientras contemplaba sus ojos claros, que alternaban sobre mis facciones, y observaba el movimiento incesante de su nuez,

consecuencia de los ya mencionados nervios, pensé en cómo no había conocido persona con un nombre más oportuno. Él era sin duda alguna un ángel.

A partir de ese día el tiempo pareció acelerar considerablemente. Quedaron memorias de la noche de bodas en Valencia, de la actuación de Antonio Machín en Alicante, las obras de nuestra primera casa... y como no, un segundo nacimiento vino a mi mente. Yo reflejaba la misma sonrisa de mi madre al dar luz, sosteniendo en brazos al que sería mi primogénito: sano, fuerte y con un semblante indiscutible a su padre. Al apoyarlo sobre mi regazo, sentía ganas de abrazarlo con fuerza y rodearlo cautelosamente a partes iguales. Era tan frágil e indefenso que no tuve otra opción que dejarlo reposar contra mi pecho, acariciando sus minúsculas extremidades con las yemas de mis dedos.

Vi más banquetes de boda, el nacimiento de mis nietos, nuestra primera televisión, navidades al calor de la chimenea, paseos por la orilla de la playa... y con el ruido de un sollozo repentino, cesaron las imágenes, desvanecieron, tal y como había desvanecido mi realidad anteriormente.

En mi paseo por los recuerdos no hubo otro sentimiento que el de felicidad; pero una vez acabado, me atravesó una punzada tristeza y nostalgia. Nostalgia porque nunca volverían a repetirse, tristeza porque no habría nuevos momentos. Mi vida acababa aquí.

Podía ver la luz blanca, cada vez más cerca, que tantos enfermos al fin salvados habían contado haber visto. La luz era hermosa, transparente, liberadora y llena de una paz que me invadió hasta llegar a la conclusión de que no era momento de estar triste. Mi vida se iba, pero muchas otras seguían y muchas otras llegarían a este mundo. Millones de momentos ya eran recuerdos, miles estaban por venir y otros cuantos sucedían en ese preciso instante. Cuando pensé que, definitivamente, mis músculos se habían apagado,

las comisuras de mis labios se alzaron lentamente con el pensamiento. Sonreí feliz porque yo llegaba mi fin, pero el mundo seguía adelante, y con él, la vida.

Mérida